

Ediciones Cydonia S.L.
Apartado de Correos 265
36280 VIGO (Pontevedra)
<http://www.edicionescydonia.com>

© Ediciones Cydonia, 2011
© Anne Cross
Primera edición, diciembre de 2011

Printed in Spain - Impreso en España
I.S.B.N. 978-84-938064-3-9
Depósito Legal:
Imagen de cubierta: Rose Dupont
Maquetación: Acuarela Comunicación sll
Imprime: Publidisa



Este libro protege el entorno

El papel utilizado para la producción de este libro
ha sido tratado bajo ECF (Elemental Chlorine Free)

Reservados todos los derechos. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse o transmitirse por ningún procedimiento electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación magnética o cualquier almacenamiento de información y sistema de recuperación, sin el permiso escrito de Ediciones Cydonia S.L.

EL PACTO DE LAS HADAS

Hijas de Hécate I

Anne Cross



Hoy has sentido su presencia, pero no le has dado importancia
Hoy te has sentido observada, el corazón aceleró su ritmo,
aún sabiendo que no había nada
No subestimes tus sentidos, ellas pueden verte
Las hijas de Hécate son tan reales como tú y yo
Viven entre nosotros, ocultas al mundo, como siempre han hecho
No las enfades

Prólogo

Aquella noche, desesperada por encontrar una salida a mi cautiverio y deseando no tener que elegir entre dos hombres, atrapada en una espiral de sentimientos peligrosos y sumida en la angustia de no albergar vida en mi vientre, conjuré e invoqué a las fuerzas de la Madre Tierra. Lo hice con tanta fuerza y desesperación, que nada ni nadie hubiese podido presagiar el desenlace. Velas, lágrimas, hojas de roble y sauce, agua de rocío y plumas de ave caídas tras un vuelo desesperado. Esos fueron los ingredientes para llamarlas. Las agujas del reloj palpitaban con un eco apenas audible. El corazón me latía con fuerza y estaba segura de que podía escucharse por encima del débil sonido del tic-tac. Rodeada por un círculo de luz, fui quemando las hojas para que su aroma invocara la magia, mientras las lágrimas acariciaban mis mejillas. Cuando la última hoja se hubo esfumado de mis manos, rogué a las invisibles y siempre observadoras criaturas del mundo para que no me abandonasen. No quería verlas, pero sí sentirlas, escucharlas y, sobre todo, que me escuchasen a mí.

«Un pacto os ofrezco: que mi vientre albergue un príncipe para vuestro reino, para que nunca olviden los mortales que la magia coexiste con la Humanidad; un guardián que proteja vuestros secretos; un mago para conjuraros cuando el mundo lo necesite; un amigo a quien llorar si os empiezan a olvidar». Y sin más, sellé mi destino con agua de rocío, apagando con ella la luz de las velas. Aquella noche, grabada a fuego en mi piel, sería el principio de mi nueva vida.

Me acosté derrotada por el sueño, con la sensación de que tanta sabiduría de vidas pasadas tendría que ayudarme en mi propósito. A las tres y media de la madrugada un ruido aceleró mi corazón. La madera del suelo de la habitación parecía cobrar vida, mientras una tenue luz dibujaba sombras increíbles. Me quedé paralizada. Desde mi cama asistía a aquel baile de ruidos y sombras que envolvía todo el ambiente. Apenas fui capaz de distinguir nada. Una ola de frío se apoderó de la estancia y mis manos se quedaron congeladas. La nariz parecía un témpano de hielo. Me cobijé bajo las mantas mientras mis dientes castañeteaban con tanta fuerza que dejé de prestar atención a lo que ocurría, centrando todos mis sentidos en calmar mis pensamientos y, sobre todo, en recuperar el calor de mi cuerpo.

Cuando desperté por la mañana todo estaba en calma. Nada había fuera de lo común. Diva, mi gata, estaba junto a mí, ronroneando como todas las mañanas. Solo un pequeño detalle alertó mis sentidos: entre las uñas de una de sus patas asomaba una pluma. Mi cabeza empezó a funcionar. ¿Qué había ocurrido de madrugada? ¿Acaso la gata era la mensajera de aquellas criaturas a las que yo había invocado? ¿Era aquella su forma de decirme que habían recibido mi plegaria?

Después de todo, estábamos hablando de hadas, criaturas protectoras de la naturaleza. Y es bien sabido que solo las personas con una sensibilidad inusual pueden leer sus mensajes. Por otro lado, puede que mi imaginación estuviera jugándome una mala pasada, y era solo la casualidad la que había llevado a la gata a encontrar la pluma, y al entretenerse jugando con ella se le había quedado enredada en las uñas de las patas. No sabía qué pensar, pero dejé que mi imaginación se aferrase a la fantasía y a la magia, porque sólo de esa manera mi corazón no sufría tanto el anhelo de una vida en mi interior.

En aquel momento no podía saberlo, pero se habían instalado en casa cuatro hadas, invisibles a los ojos de los incrédulos, pero muy reales para aquellas criaturas sensibles y puras de corazón. Cuatro hadas de cuatro elementos: agua, tierra, fuego y aire. Enviadas para proteger y velar al bebé que albergaría mi vientre. Aquellas cuatro compañeras de viaje, sin embargo, no eran las únicas. La verdad y la venganza venían juntas de la mano del destino. Y que nada ni nadie se interpusiese en mi camino.

No todas las decisiones que se toman en la vida son las correctas. La mente, no en vano, es un instrumento complicado. Pero para entender las razones que me llevaron a invocar a las poderosas fuerzas de la Madre Tierra, es mejor que comience por el principio.

Amigos

Nunca había tenido la oportunidad de amar a alguien con tanta intensidad como para querer compartir el resto de mis días junto a él. Gracias a mi físico, nunca me habían faltado pretendientes. Mis cabellos eran rubios y, expuestos al Sol, dejaban ver algunas pinceladas rojizas. Eran largos hasta la cintura, y solía llevarlos sueltos. Mi piel era pálida como un claro de luna y con frecuencia tenía que ocultarla del Sol, ya que una exposición prolongada la dañaba. Mi rasgo más atractivo era la mirada, que hechizaba con unos ojos grandes y felinos de color verde, aunque podían cambiar a tonos grisáceos según el día. Sabía perfectamente el poder de convicción que podían llegar a tener y la confianza que desprendían cuando quería conseguir algo. Mi cuello era largo, pero bien proporcionado para mi altura. Una talla nada despreciable para una mujer. Mi metro setenta de estatura despertaba envidias entre las mujeres que conocía, incluso entre mis amigas. Una envidia sana, puesto que no entendían cómo una persona como yo, a mis treinta años, todavía no había encontrado el amor.

Incluso las parejas de mis amigas arremetían con burlas que se repetían hasta la saciedad. «Eres muy exigente», «Tu belleza intimida a los hombres» o «No tienes paciencia con ellos...» Todas esas acusaciones dolían demasiado, pero ante los ojos de mis amigos eran una realidad. Sin embargo, mi percepción era bien distinta. No me consideraba una belleza extraordinaria; sabía el efecto que podía causar en los hombres, desde luego, pero nunca me acerqué a ninguno de ellos. Mi confianza y autocontrol fallaban en cuanto me atraía algún varón. Mis

mejillas enrojecían con cualquier síntoma de complicidad, y me escondía tras la cortina de pelo que caía sobre mi rostro.

Pese a todo, siempre hubo valientes que intentaron un acercamiento y en más de una ocasión lo consiguieron, gracias a su falta de miedo, pero ninguno de ellos dejó una mínima huella en mi corazón, que parecía de hielo, duro y frío como un diamante sin pulir.

Mi grupo de amigos era más bien pequeño. Tres parejas bien consolidadas y un alma errante como yo. A todos los conocía lo bastante bien como para asegurar que me acompañarían hasta el final de nuestros días. Habían ido apareciendo en mi vida de una forma escalonada. Siempre fui una persona solitaria, con la única compañía de una hermana con unos instintos de protección demasiado fuertes. Marie siempre había cuidado de mí, pues era cinco años mayor que yo. Habíamos perdido a nuestros padres en un accidente de tráfico cuando ella ya era mayor de edad y yo tenía tan solo trece años. No hizo falta que nos llevaran a ningún hogar de acogida, ya que Marie se puso a trabajar durante el día y a estudiar por la noche para sacarnos adelante. Acabó pronto su diplomatura como técnico de laboratorio y no le costó encontrar un trabajo de su especialidad, en unos laboratorios militares.

Vivíamos en un pueblo de montaña, y apenas teníamos vecinos. Éramos una veintena de casas de piedra todas iguales, con los tejados en pizarra negra para no desentonar con el paisaje. La casa más próxima a la nuestra estaba más o menos a un kilómetro de distancia. Allí vivían Nahliel y Elina, una pareja diez años mayor que nosotras. Habían decidido llevar una vida de paz, rodeados de naturaleza y apartados de los avances de la modernidad. Habían preferido seguir fieles a las tradiciones. Hacían su propio pan, sus quesos, trabajaban la huerta y cuidaban de sus cabras y sus gallinas. Todas las mañanas

hacían la colada en el río que pasaba a dos kilómetros de nuestras casas, cocinaban en un hogar de leña y se calentaban alrededor de una chimenea levantada con sus propias manos. Yo adoraba a esa pareja, y pasé mucho tiempo en su compañía debido a las largas ausencias de mi hermana. Nahliel era un hombre de aspecto singular. A pesar de vivir en el campo tenía un porte fino, elegante, atractivo en muchos sentidos. Su cabello era rubio, casi de color marfil y le llegaba hasta los hombros; era corpulento, de espaldas anchas y gran altura, pues casi rozaba los dos metros; pese a su tamaño, su voz era dulce, casi como un susurro, y jamás le vi enfadarse por nada.

Luego estaba Elina, que era todo lo contrario a su marido. Su escaso metro y medio no le impedía llegar a cualquier sitio. Su voz era armoniosa y cantaba todos los días dulces melodías –cantos célticos en su mayoría–, canciones olvidadas en el tiempo, pero igual de hermosas que lo fueron en antaño. Su pelo moreno era casi tan largo como el mío, aunque ella solía llevarlo siempre agarrado en una cola de caballo. Tenía un temperamento brutal. En contraste con su marido, ella sí se enfadaba; no con él, eso era imposible, pero sí por cosas cotidianas, tareas que se vieran interrumpidas por algún contratiempo, por el mal tiempo, por alguna visita entrometida... Sin embargo, y a pesar de sus rarezas era una persona encantadora. Siempre estuvieron a nuestro lado, y eran lo más parecido a una familia que podíamos tener. Por circunstancias de la vida no habían podido tener hijos, quizá esa fuera la razón por la que el destino nos había unido, complementando así nuestras vidas.

Yo era una enamorada de la naturaleza y sobre todo de los animales. Tenía un vínculo con ellos que jamás había tenido con ninguna persona, hasta el punto de que parecía que pudieran entenderme. En casa me esperaban una gata y dos perras, y en